



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

Una pesca interesante

Exposición del Mensajero del Eterno

NO hay efecto sin causa, y cada cosa tiene su destino, ya sea para la destrucción o bien para la vida. Es también así para nuestra línea de conducta. Según obremos y sembremos, así también cosecharemos. Sobre este texto de Jesús, en Mat. 4: 10: "Seguidme, y yo os haré pescadores de hombres", sabemos que hay condiciones que llenar para ser pescadores de hombres en el nombre del Señor.

En la cristiandad hay incalculables sectas. Han emitido ideas filantrópicas, pensamientos religiosos y otros, pero como no logran su objetivo, están destinados a desaparecer. Sólo hay un medio para ser pescador de hombres con nuestro querido Salvador: seguirlo. Esto requiere renunciar a uno mismo. Si no, es imposible ser un miembro de su rebaño. Debemos ser obedientes y sumisos, estar deseosos de someternos al Eterno, para qué puede ayudarnos a vencer cuando nuestros pensamientos están en contradicción con los suyos.

En la Palabra divina tenemos el ejemplo del joven rico. Sólo una cosa le separaba de las condiciones presentadas por Jesús; pues él pensaba haber cumplido desde su juventud todas las condiciones que el Señor le había citado; pero cuando fue esclarecido, no aceptó ya la primera condición y se retiró confundido.

Actualmente, se nos ponen también condiciones y debemos aceptarlas si deseamos vivir eternamente; si queremos, como miembros del pequeño rebaño, heredar la vida y la inmortalidad, o como miembros del Ejército del Eterno ser viables y realizar el magnífico resultado de la vida eterna. Si no llenamos las condiciones, no podremos alcanzar la vida; nos veremos obligados a morirnos, porque no queremos aceptar lo que se nos ofrece.

Es lo que el Señor dijo a sus discípulos, que tenían problemas con él de vez en cuando. Nos parece que nunca hubiéramos tenido problemas con nuestro querido Salvador, y que de estar entre nosotros tendríamos toda facilidad; en realidad nos equivocamos, pues nos diría también ciertas cosas que nos darían que pensar y que encontraríamos difíciles. El dijo: "Feliz el que no se escandaliza de mí".

El Señor nos indica el secreto para alcanzar la meta. Nos da indicaciones precisas, nos muestra cosas palpables y nos conduce seguramente en el camino de la vida eterna. ¿De qué nos servirían todo el bienestar y las riquezas que pudiéramos adquirir, todos los honores de esta tierra, si no tuviéramos la vida? En efecto todas estas cosas son pasajeras.

Hemos sido llamados de las tinieblas a la luz divina para recibir la vida, para beneficiarnos de la benevolencia y de la bendición divinas. Para obtenerlas hay que estar en la nota, en

la situación de un hijo de Dios, es decir, ser sumisos y obedientes; sobre todo nunca escandalizarnos de lo que el Señor nos muestra. El nos dice que, si no somos sinceros con nosotros mismos, no podremos alcanzar la meta y pasaremos a un lado de sus promesas tan gloriosas sin haberlas obtenido.

Hay personas tan obstinadas que dicen: "Prefiero morir que seguir estas condiciones". Pero cuando sienten un principio de destrucción y agudos dolores, están muy contentas de hacer un poco lo necesario, de dejarse humillar para librarse de su orgullo y de su maldad. El albañil se conoce en su obra. Al esforzarnos por vivir el magnífico programa vemos en qué punto estamos; vemos si es nuestro gran deseo obtener este magnífico resultado: ser pescadores de hombres y hacerles el bien; guiarlos al amable redil que el Eterno ha preparado.

Podemos ver cuánto orgullo y maldad hay aún en la humanidad, que no quiere cambiar de mentalidad. Pero cuando los humanos empiezan a sentir dolor, se deciden a obrar; si no, no quieren saber nada. Son los esclavos que se conducen así, y todos los seres humanos son esclavos. Nosotros también lo somos, pero ahora estamos en la escuela de nuestro querido Salvador para aprender a ser hijos.

Las Escrituras declaran: "Torcido es el corazón más que todas las cosas, y perverso". Lo afirma el profeta Jeremías. Lo que hace al hombre malo es el egoísmo; así que, nuestra mentalidad egoísta debe desaparecer y volverse altruista. Es cuestión de hábito, lo que se adquiere empezando por las cosas pequeñas día tras día. Nos acostumbramos a servir, a ser amables con los demás, a ayudarlos, amarlos, hacerles el bien. Es así como logramos atraer a los hombres por el lado bueno, para que puedan regocijarse en el Dios Salvador, aprendiendo a conocerle y a amarlo.

El Señor nos ha tan regocijado y afeccionado, que podemos hacerlo sin más a otros, y ya no lo pedimos a préstamo; podemos prestar servicios y nos sentimos felices de hacerlo y de honrar así el Nombre del Eterno. Sembramos, y es el Eterno quien segará. Nos alegramos de construir casas para los moradores de la tierra, aunque no tengamos nunca que habitarlas.

Nos alegramos de hacer lo más posible a favor de la bendición. Si las personas la aceptan, tanto mejor para ellas, porque pueden agradecerlo al Eterno, y si no la aceptan, esto no nos desalienta; pues es excelente que a veces tengamos experiencias con los que no son agradecidos; al menos podemos controlar nuestro corazón, darnos cuenta si buscamos la aprobación o si hacemos el bien por el mismo bien, aunque nos combatan.

El bien triunfará del mal, estamos persuadidos de ello; todo el bien subsistirá, y todo lo malo desaparecerá. Como lo seres humanos no son buenos, descienden con dolor y lágrimas a la tumba. ¡Cuán agradecidos debemos estar de haber sido sacados de las tinieblas y de poder movernos en la inefable luz de la verdad que nos alumbraba y nos calienta con sus radiantes rayos de amor y de bondad!

¡Qué inefable alegría es para nuestro corazón recibir instrucción de parte de nuestro querido Salvador, poder compenetrarnos de sus exhortaciones, y derramar en torno nuestro todos estos tesoros de la gracia divina para regocijarnos a todos los que entren en nuestro contacto! Hoy tenemos demostraciones que son maravillosas para nuestra instrucción y halagadoras para nuestra alma; nos orientan sobre lo que nos falta aún realizar.

En todas las pruebas y experiencias que el Señor permite para nuestro bien, podemos observar si vamos siendo un poco más altruistas, si amamos bastante la verdad para dejarla penetrar en nuestro corazón en el momento de la dificultad, y oír la voz amable de nuestro Maestro que nos dice: "No desmayes, vengo en tu socorro". Si vivimos la verdad, sentimos un gozo desbordante en comunicarla, porque sabemos cuánto nos sana y purifica. Entonces somos capaces de defenderla con dulzura, amabilidad y bondad.

El gran adversario espía a los seres humanos para que los hijos de Dios no les enseñen el buen camino. Con nuestras admirables experiencias sabemos que el gran adversario sugiere a la gente, pero que es posible vencer sus astucias con la oración y la consagración. Las Escrituras dicen: "El que lucha por nosotros es más fuerte." Sólo con la fuerza divina invencible podemos vencer al adversario, y esto requiere que nos dejemos conducir dócilmente en las sendas de la justicia.

Así seremos verdaderos testigos que alaban al Eterno y glorifican su nombre, siendo la manifestación de la gracia divina obrando por nuestro conducto. Los seres humanos tienen el cerebro cercado por la sugestión demoníaca, y hemos de adquirir el poder de librarlos. Sólo la consagración fielmente vivida puede dar este resultado. Tenemos las armas invencibles de Dios a nuestra disposición y el apóstol Pablo habla de ellas en Efesios 6: 11: "Vestíos de toda la armadura de Dios."

La fe es un arma poderosa que derriba todas las fortalezas del adversario, y la oración es otra no menos poderosa. El Señor dice: "Velad y orad". Estas dos cosas son armas contra las cuales no puede el adversario. Con todos sus artefactos homicidas, todo es inútil contra

la fe y la oración, sus armas de destrucción se quedan sin fuerza y sin valor. ¡Cuán confundidos y avergonzados se sentirán un día los que han empleado las armas homicidas, cuando estén conscientes de que han hecho una obra de ladrones y de asesinos! Se avergonzarán y arrojarán sus armas con horror.

Las armas de Dios son mucho más potentes que las del adversario, pero hay que manejarlas como conviene para ser verdaderos pescadores de hombres. Para realizar el maravilloso programa divino, debemos poner en ello celo, gozo y toda nuestra dicha. Cuando no nos pesa nada en el corazón, que lo tenemos limpio, podemos dirigirnos al Eterno con la confianza de un niño, experimentar que El nos responde con gran benevolencia.

Cuando vemos que los demonios se ven obligados a salir de la mentalidad de los seres humanos, son experiencias maravillosas que regocian y fortalecen intensamente nuestra fe. Tuvimos la ocasión de dar testimonios en grandes asambleas, las cuales, al principio eran como un mar borrascoso, y el mar se calmó admirablemente al cabo de poco rato por el poder del espíritu de Dios. Experimentamos un gozo muy grande al ver los maravillosos efectos de nuestra oración escuchada.

Con las armas de Dios, no tenemos nada que temer, ni de del adversario, ni de los hombres, ni de quien sea. "Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?" Sólo queremos el bien de los humanos, sanar a los que tienen el corazón afligido, aliviar a los desgraciados, consolar a los que sufren y mostrarles dónde está la verdadera felicidad, la alegría y la paz del corazón. Queremos hacer el bien a la humanidad, y en general las autoridades se oponen a la verdad, porque representan el reino del adversario en la tierra. Esto no nos escandaliza, sino que perseveramos en el deseo de llevar el gozo, la paz y el consuelo.

Vistámonos de toda la armadura de Dios para ser pescadores avisados y convenientes de hombres. Cuán agradecidos serán un día los seres humanos de que hayamos tenido un paciente aguante para llevarles el mensaje del amor divino; alabarán a Dios, porque habremos puesto todo nuestro corazón y sido fieles a los principios y a los caminos divinos. Es un inmenso favor que el Señor nos concede, ser pescadores de hombres, pero requiere imitarle en su sacrificio y en su forma de proceder.

El Eterno quiere libertar a la humanidad, y la libertará. Como en lo antiguo Israel fue libertado con sólo trescientos hombres bajo el mando de Gedeón, actualmente el Señor, con un puñado de hombres, quiere libertar a los seres humanos de su terrible situación de desdichados condenados. Nos alegramos de tomar a pecho las condiciones que él nos presenta con tanta ternura en su maravillosa gracia y en su inefable bondad.

Queremos perseverar, ver las cosas como son y recibir dócilmente las instrucciones que nos da el Señor cada día. El nos enriquece con su sabiduría y su ciencia; sus instrucciones se basan en la práctica y no sólo en la teoría. Queremos regocijarnos con la gracia divina que tenemos a disposición con tanta liberalidad de parte del Eterno; pero luego de haber recibido la instrucción, hemos de pasar a la práctica, y el resultado será maravilloso.

Pensemos ya en todo lo que los profetas realizaron por la fe. Ellos vieron que los seres humanos vendrían en gran número, que alabarían

al Eterno a causa de la fidelidad del pequeño rebaño y del Ejército del Eterno, porque los hijos de Dios habrán dado un testimonio vivido de paz, alegría y consuelo.

Podemos constatar cuán amable es el Eterno, está lleno de tacto y de bondad, puesto que nos emplea tan pobres para establecer el Reino de Dios en la tierra. Es de veras grandioso y sublime. Nos sirve de gozo inefable pensar que el Señor nos conceda la gracia de ser pescadores de hombres, y libertar así a la pobre humanidad. Cuánta alegría tenemos de ejercer el ministerio de un verdadero discípulo a favor de todos los que nos rodean en cualesquiera ocasiones que se presenten.

Es preciso ser atento y vigilante para poder aprovechar todas las oportunidades de complacer a nuestros hermanos y hermanas, estimularlos con nuestro afecto y ternura, mostrarles toda nuestra afición. Así es como les llevamos el consuelo, la bendición y los suaves rayos del amor divino que calientan el corazón y hacen tanto bien; así nos entrenamos en la familia de la fe para desarrollar el afecto divino que el Señor desea ver reinar entre sus queridos hijos. El Reino de Dios es el amor.

Al amor no le importan las riquezas, ni todas las pequeñeces que ocupan a los seres humanos; pues el amor es noble, generoso, lleno de delicadeza y se brinda sin contar. Es este amor sublime que debemos realizar en la familia de Dios. Debemos amar a nuestros hermanos y hermanas mientras los tenemos, porque cuando se hayan ido, si no hemos aprovechado los instantes que estaban a nuestro alcance, lamentaremos profundamente no haber realizado mejor los principios divinos en el momento favorable, cuando lo teníamos.

Es preciso que podamos brindar siempre a los que entran en nuestro contacto el maravilloso aceite del amor, de la amistad, este fruto de la afición que procura alegría y felicidad. Cuando los seres humanos nos vean practicar el amor divino que desconocen, los atraerá a nosotros, querrán también sentir estas deliciosas sensaciones de la gracia divina y se sentirán así impulsados irresistiblemente al Reino. El amor es el lazo de la perfección, y el apóstol Juan dice: "El que ama, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo."

Es una deliciosa sensación para el corazón sentirse amado, pero no es esto lo que nos causa el mayor bien, porque esto no cambia nuestro carácter. Lo que nos es sumamente saludable es amar a nuestro prójimo; podemos hacer admirables progresos cuando nos gastamos sin contar, cuando sabemos ponernos a un lado para procurar afecto, ternura y esta exquisita delicadeza del corazón que contiene el amor divino. Experimentamos entonces un gozo inefable, porque hemos realizado el bien y sentimos en nuestro corazón la dulce sensación de la aprobación divina.

La obra de Dios se hace con amor, con abnegación, con gratitud. El amor es el cemento que tiene que unificarnos. Somos piedras que tienen toda clase de formas, redondas, cuadradas, llanas o largas; en pocas palabras, hay de todas clases, y se necesita cemento, mucho cemento para cimentarlas juntas. Este cemento es el amor divino, que sostiene todo el edificio sólidamente y lo hace inmovible.

Queremos imitar los sentimientos de nuestro querido Salvador, que no escatimó afecto ni ternura. Sabía procurar su deliciosa comunión a los que entendían su pensamiento. Cuando Marta dijo a Jesús: "Señor, ¿no te da cuidado

que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude." Jesús le dijo: "Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas; sólo una cosa es necesaria, y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada." Hay un tiempo para cada cosa y se necesita el discernimiento para obrar como conviene. Entonces todo va bien.

Hay un tiempo para escuchar y otro para obrar, un tiempo para captar la bendición, y otro para dispensarla. Cuanto más demos, más nos enriqueceremos; cuanto más nos gastemos por nuestros hermanos, amándolos, más riquezas verdaderas adquiriremos, porque habremos orado por nuestros amados hermanos y los habremos sostenido. A los que están deseosos de seguir los caminos divinos, que tienen hambre y sed de justicia, podemos rodearlos con todo nuestro afecto y ternura.

Así los vivificaremos con el sol del amor y de la benevolencia, con este rocío que el Eterno podrá derramar en nuestro corazón y que resultará en nosotros una fuente inagotable para refrigerar y dispensar bendición a los que vengan en nuestro contacto. He aquí lo que podemos adquirir al servicio del Mejor de los maestros. Queremos esforzarnos en manifestar el amor divino en torno nuestro, a fin de santificar el Nombre del Eterno en el fondo de nuestro corazón.

No hay nada que desarrolle tanto el carácter divino como la práctica de la abnegación. Queremos dejarnos emplear en el santo servicio del Señor para pescar a los seres humanos, sacarlos del mar de maldición, de las aguas cenagosas en que los ha hundido el adversario. Para ocuparnos de este glorioso trabajo de llevar la buena nueva a la humanidad, hay que tener tacto, paciencia, aguante, alegría y verdadero amor. En breve, es preciso olvidarnos de nosotros mismos.

Estos sentimientos dan como resultado una admirable educación que podemos llamar legal en sumo grado, porque es una educación altruista de primer orden. Por lo tanto, es un honor muy grande que el Señor nos hace al llamarnos a participar en el magnífico trabajo de la liberación de la humanidad.

Es un gozo sin nubes poder acercarnos al Señor con los muy amados que hemos ganado a su causa, protegiéndolos con nuestro tierno afecto, felices y decididos de sostenerlos, llevándolos continuamente en nuestro corazón delante del trono de la gracia. Es la parte de aquel que hace fructificar sus talentos y que es llamado buen servidor y fiel, que tiene la dicha de entrar en el gozo de su Maestro.



Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Tendemos una mano socorredora a los desafortunados?
2. ¿Consiste nuestra alegría en participar a la pesca de los seres humanos?
3. ¿Es muy grande nuestra felicidad de dispensar consuelo y bendición?
4. ¿Pensamos que, si los hombres no nos reciben amablemente hoy, se beneficiarán de todos modos un día de nuestra obra?
5. ¿Está a toda prueba nuestra abnegación por la causa del Maestro, con tal que socorramos a los seres humanos?
6. ¿Nos hemos ejercitado en traer la bendición en torno nuestro, cueste lo que cueste?